

Recibido: 7/5/2018
Aceptado: 27/6/2018

Regresión y transferencia en el campo psicoanalítico

Rafael Paz

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

RESUMEN

La búsqueda hacia atrás y hacia lo profundo, derivándose del modelo del trauma, se daba sobre el fondo implícito de una concepción de progreso ascensional desde formas primarias hacia otras evolucionadas y adaptadas en el desarrollo humano.

Lo cual se sustentaba en una matriz evolucionista, que constituía el bagaje natural de la época y organizaba consensuadamente los hallazgos, en consonancia con una concepción general del progreso.

Desde cuyo punto de vista lo regresivo connotaba el retorno a formas superadas en el decurso considerado normal de la existencia.

El desarrollo de una concepción transference de campo y de proceso psicoanalítico permitió recuperar los aspectos fecundos de las tendencias regresivas, y trabajar no sólo in praesentia el conjunto pulsional y fantasmático sino vitalizar recursos de transformación sustraídos por miedo, vergüenza o culpa.

En congruencia con las aseveraciones de Freud de que no es posible librarse de algo –tampoco de los fantasmas– in absentia o in effigie y con los desarrollos winnicottianos sobre verdadero Self, realimentando la

ABSTRACT

The search to the past and depths, which come from the model of trauma, came from an implicit basis of an idea of progress from primary forms to ones more evolved and adapted in human development.

This conception was sustained in an evolutionistic pattern which was the natural baggage of the time and organized unanimously the findings, in accordance with a general idea of progress.

From this point of view, regression implied going back to forms abandoned in the “normal” way of existence.

The development of a conception of transference, field and psychoanalytic process, opened the possibility to recover the fertile aspects of the regressive tendencies and work not only in praesentia the complexity of drives and fantasies, but also vitalize resources of transformation lost due to fear, shame or guilt.

In accordance with Freud's affirmations that it is impossible to get rid of something in absentia or in effigie, and the developments of Winnicott about true self, improving the capacity of being in charge of the “difficulties” of life.

capacidad para hacerse cargo de los apremios de la vida.

Y construyendo una prospectiva con simbólicas no desgastadas, que rehagan las ocurrencias, recuerdos y emociones integrándolos en el oficio nuevo en curso: analizarse.

Para lo cual es preciso potenciar la vocación infantil para jugar con los saberes, sin tanta dramaticidad y sufrimiento y generando el sostenimiento de un nuevo ámbito existencial.

Donde las intervenciones del analista, al recaer sobre el sistema complejo que el campo psicoanalítico en regresión y transferencia crea, muestran su eficacia multiplicada.

Building a prospective with new resources of symbolization that recreate ideas, memories and emotions blending them into the new ongoing métier: to be in analysis.

For this, it is necessary to enhance children's capacity to play with established knowledges, with less drama and suffering, and generating a new existential environment.

Where the analyst's interventions, which fall upon the complex system that the psychoanalytical field in regression and transference creates, improves the effectiveness.

DESCRIPTORES: TRANSFERENCIA – REGRESIÓN – PROCESO PSICOANALÍTICO – CAMPO PSICOANALÍTICO.

KEY-WORDS: TRANSFERENCE – REGRESSION – PSYCHOANALYTIC PROCESS – PSYCHOANALYTIC FIELD.

Regresión y transferencia en el campo psicoanalítico

Entre estas dos ideas, regresión y transferencia, se tensa toda una teoría psicoanalítica de la cura, pues ir en pos del núcleo patógeno para acceder a lo que fue, extraerlo sin resto y con los mínimos daños colaterales, constituyó un ideal desde las épocas de la teoría traumática.

Que abría la posibilidad de poder trabajar sus componentes *in praesentia*, realizando la plenitud del esfuerzo curativo.

Tengamos presente que Freud era, en cierto aspecto, un materialista empírico que buscaba articular sus hallazgos con los saberes consensuados de la época, y cuyo respeto a los hechos lo enfrentaba, una y otra vez, a la pérdida de la base conceptual que soportaba sus especulaciones.

Siendo parte de su genialidad, precisamente, construir otra, para, a su vez, exponerse a perderla.

Pero dejando cada torsión un reguero de ideas que eventualmente podían recuperarse en el paso posterior.

De modo tal que abandonar la neurona como base material de las exploraciones requirió de un gran y productivo trabajo de duelo, cuyo testimonio es el “*Proyecto de una psicología para neurólogos*”.

Esfuerzo enorme de transición, intrincado y creativo, en el cual el territorio originario, basado en estructuras orgánicas tangibles, es puesto en cuestión por una práctica en la que el cuerpo va siendo entendido en su condición humana, o sea *radicalmente pulsional, dependiente y culturalizada*.

Sin contar aún con una matriz de pensamiento capaz de abarcar el orden de complejidad al que se abría.

Y que a la larga constituiría el eje del dominio nuevo que estaba construyendo.

Es entonces, al perder la base originaria de apoyo, cuando realiza el salto epistémico fundamental, del cual, dicho sea de paso, deberían aprender muchos neurofisiólogos actuales, que responden con simplificaciones notables y con la ingenuidad de psicologías escolares a preguntas sobre por qué se sueña, o por qué se sufre.

Freud sitúa a *las reminiscencias* como materia causal del padecer, y las define como unidades de sentido que transportan (¿o están determinadas por...?) cargas (energéticas, corporales, instintuales) en pos de *realización*.

Y halla entonces, en los territorios de la memoria, la base para elaborar una consistencia nueva –representaciones y cargas– pero transformándola cualitativamente mediante una explicación estructural y dinámica del sufrimiento, definiendo barreras que obligan a transacciones y evitan la desnudez perentoria del impulso y el dolor psíquico mediante el arreglo del síntoma.

Mientras la consistencia del trauma, de lo efectivamente sucedido, le suministra una peculiar concreción bajo la forma de cicatriz –“la cicatriz de la represión” (*Narbenbildungen*)–, donde cristaliza una dramática vincular devenida núcleo estructural.

Contando con esa nueva materia explicativa –el trauma– (o sea el recuerdo incluido en la economía de la relación con los otros en el placer, el dolor, y en los complejos caminos del goce), puede volver a sus dibujos, pero no ya de redes sinápticas sino de estructuras, trayectos y contingencias psíquicas.

Y al seguir su camino, la supuesta fidelidad testimonial de la memoria, que

en cierta medida operaba como sinónimo de vida psíquica y suministraba confort causal, explicativo (*porque entonces aquello, ahora esto*) se deshace ante la mendacidad productiva de las fantasías.

Las que constituyen un conjunto de tramas eficaces afinadas en la historia personal que guardan lo universal en su seno y bajo la forma del “complejo”, literalmente entendido, y no de la simplicidad.

Es decir, homólogo de la red neuronal y no neurona aislada —léase ahora trama fantasmática— que incluye y requiere de cuerpos pulsionalmente cargados, dando carnadura en lo singular de cada quién a la hominización como tragedia: Edipo, Narciso.

Donde la muerte hace su trabajo en el seno de las “emociones básicas” pero siendo casi —casi— una contingencia del amor.

La materia ilusional, altamente sospechosa para una episteme preocupada por la cientificidad, recupera consistencia en tanto brota de pasiones desatadas en “el primer complejo”, el de Edipo.

Y se vuelve asible nada menos que en los sueños, materia científicamente dudosa si las hay, “camino real” para dilucidar y curar, accediendo a lo que fue y perdura, más allá del dolor inherente al enterarse —*“la verdad os hará libres”*, transcribe San Juan en su evangelio—, pero no sin trabajo.

Y de a poco, de versión en versión, de drama en drama y de tragedia en tragedia, tramitándose todo en *la otra escena* (“*Eine andere Schauplatz*”).

Hermosa definición para la usina donde el universal relativo de las fantasías, enlazadas a los cuerpos y las funciones corporales, se entreteje con imaginarios colectivos, dando un lecho de fundamento a la generación de emociones básicas y pensamientos.

Pero manteniendo —Freud, y muchos con él— una suerte de trans-escena de fondo que casi no es ya escena, sino el bullir de la caldera que como especie nos sitúa en las cercanías del reino animal, con una gramática elemental centrada en carga / descarga y la búsqueda perentoria de caminos para lograrla.

Y, más allá, en el de la nuda naturaleza.

Paradigma ascensional y regresión

La búsqueda *hacia atrás* y *hacia lo profundo* se daba sobre el fondo implícito, de a poco manifestado y trabajado, de una concepción de progreso ascensional

desde formas primarias hacia otras evolucionadas y adaptadas, en el desarrollo humano.

Lo cual se sustentaba en una matriz evolucionista, que constituía el bagaje natural de la época: lo que Althusser llamaría la “ideología espontánea de los sabios”, que organizaba consensuadamente los hallazgos, y en consonancia con una concepción general del progreso.

Desde cuyo punto de vista lo regresivo connotaba el retorno a formas superadas en el decurso considerado normal de la existencia.

De modo tal que dar lugar a modalidades diversas de regresión se tornó sello diferencial de escuelas y estilos personales entre los psicoanalistas, según la disposición (la osadía) de cada uno para ir en pos de lo disociado, reprimido y sepultado.

Y la posibilidad extraordinaria que decíamos de contactar con formas de vida psíquica que los sucesivos pasos habían ido dejando “detrás”.

La diferenciación clásica entre *regresión de la libido y del Yo*, de gran importancia en la nosografía construida desde la experiencia transferencial, si la reformulamos en perspectiva de campo y proceso analítico, remite a con cuánta posibilidad simbólica, continente y elaborativa, se puede contar del lado del analizando.

Y también del analista.

Permitiendo entonces grados variables de soltura en la expansión propia de las emociones, recuerdos y pasiones redivivos, materializados de modo tangible en el juego transferencial.

Haciendo que la regresión, en perspectiva clínica, pueda reformularse como *regresión / expansión*.

Pero teniendo presente que tal no supone ninguna connotación, *per se*, positiva o concebida ingenuamente como lúdica.

Pues lo que se expanden son formaciones transaccionales —síntomas, rasgos de carácter, inhibiciones— configurando la matriz de lo que clásicamente se denominó neurosis de transferencia¹, en el seno de la cual sí podrán trabajarse las tramas de las formaciones patológicas (o sea de sufrimiento inútil) que aquejan a los pacientes.

En la perspectiva esperanzada (pasión de curar), la expansión / regresión dará lugar a la manifestación de versiones del Self que no han hallado cabida

¹ Que sería preferible denominar “neurosis de proceso analítico”.

en la existencia, protegidas ahora en el continente transferencial constituido en una suerte de Self vicariante.

Pero si domina la cautela escéptica, asoma el fantasma de las formas desgregadas, malas, donde el trabajo de Eros ha fracasado o ha sido dañado, con lo cual el infante que se materializa en el campo es distorsionado o “parcial” por inarticulación originaria o rotura precoz.

Todo lo cual nos lleva a sostener el entusiasmo transferencial pero con prudencia regresiva.

Esta evaluación es muy importante pues no se trata sólo de facilitar el desarrollo de estados regresivos para que el conjunto pulsional y fantasmático aflore, sino permear los dispositivos preconscientes y realimentar la capacidad para hacerse cargo de lo que surge de tal movimiento: lo desconocido y lo conocido / temido, como fuente posible de dolor, vergüenza o culpa.

Halla así cabida una prospectiva con simbólicas no desgastadas, que rehacen las ocurrencias, recuerdos y emociones integrándolos en saberes menos persecutorios, y en el oficio nuevo en curso: analizarse.

Facilitando el desarrollo de procesos imaginario / simbólicos de magnitud a partir de la dupla tradicionalmente enunciada como “asociación libre” y “atención flotante”, la cual merece reformularse, [...], en *libre manifestación y percepción flotante*, porque así expresa mejor la ampliación de las posibilidades de captación y continencia.” (Paz, 2017, p. 136)

Para lo cual es preciso potenciar la vocación infantil para jugar con los saberes, poniéndola en acción para hacerse cargo, sin tanta dramaticidad y sufrimiento, de cómo son las cosas.

Las ideas de Winnicott respecto de lo lúdico como verdadero ámbito existencial, suponen un verdadero programa de sostenimiento de un cierto talante y una estrategia de captación y elaboración.

Pues las intervenciones del analista, al recaer sobre el *sistema complejo* que el campo psicoanalítico en regresión y transferencia crea, muestran su eficacia multiplicada.

Una “partícula de acción” (señalamiento, interpretación), puede desencadenar procesos de realimentación fantasmática que irradian en las superficies psíquicas y movilizan aspectos hasta entonces quietos, inmovilizados.

Generando convexiones y reverberaciones inéditas en el campo.

Para lo cual la proporción de herida, si la hay, debe ser mínima, pues si no el despliegue se cancela y el repliegue hacia formas enquistadas vuelve por sus fueros.

Sobre todo cuando transitamos zonas idealizadas y reductos narcisistas, que resguardan emblemas identitarios.

Dar cauce y sostener la experiencia del inconsciente supone avivar impulsos y deseos excluidos y conexiones impedidas, abriendo esclusas construidas en el curso de la existencia.

Los sentidos y sentimientos que así pueden manifestarse hacen que el conjunto orgánico –carácter– o desordenado, de capas protectoras, muestre sus grietas, produciendo vulnerabilidades nuevas y reavivando antiguas.

Lo cual requiere de prudencia clínica –lo que en la convivencia habitual se suele llamar *tacto*– pues se trata de no herir, de no atravesar sin cuidados las superficies generadas en la historia relacional y con el propio ser, para que puedan tener enunciación cabal verdades suprimidas, reprimidas o disociadas.

Las mismas constituyen la materia fundamental del proceso psicoanalítico en tanto reaviven conjuntos emocional / significantes que refieren a aspectos de sí y de los otros primordiales entretejidos en los vínculos actuales y en la realidad del mundo, cuyo conocimiento produce angustia o dolor.

Pero que a la corta o a la larga alivian y generan movimientos multiplicadores de permeación psíquica, los que al surgir a la luz convocan acciones hasta entonces impedidas.

La modulación para hacer todo esto tolerable y digerible, así como canalizable en proyectos de acción duraderos (sustentados en la transferencia de trabajo), es la forma superior del arte psicoanalítico, pues de ser meramente puntuales o dilacerantes destruyen la posibilidad de contenerlas y potenciarlas.

Tengamos presente además, que por la concreción representacional producida transferencialmente, lo de digerible es más que una metáfora, dado que remite a experiencias de incorporación oral de lo bueno en tanto necesario, no porque solamente sea apetitoso o atractivo.

Cuando el proceso transcurre adecuadamente, la matriz oral de la mente es reavivada, dando lugar al hambre de saber y de enterarse (saber expandido), así como las envolturas primarias (pieles) se habilitan para contener adecuadamente.

Tornándose el espacio psicoanalítico el recinto donde la epistemofilia se desarrolla de modo ampliado, convergiendo naturalmente con la pulsión de dominio.

Se genera de este modo una formación nueva, un dispositivo de captación y elaboración que reúne capacidades disociadas o dejadas de lado en el curso de la vida, sobre todo por el imperio de prohibiciones superyoicas referidas a la curiosidad y el anhelo de saber.

Si tal actitud se consolida de manera estable sí merece el nombre de analizante para la configuración subjetiva que se constituye, en tanto partícipe necesaria y activa del proceso, la cual no es definible como tal por la mera condición empírica y formal de concurrir a un psicoanalista.

Se trata —de darse—, del surgimiento y estabilización de modos nuevos de pensamiento caracterizados por:

- 1) sostener el hambre de verdad, atreviéndose a poner en cuestión el sistema de narrativas en el cual cada uno se constituyó²;
- 2) persistir en el tiempo, resurgiendo de momentos de transferencia negativa;
- 3) tener como punto de apoyo, más allá del haz vincular con el analista, impregnado de reconocimiento e idealización, al *Psicoanálisis Valor*³.

La matriz de la mente se edifica desde la oral / cutánea dependencia, y es allí donde se construyen las bases de la posibilidad de dar cabida en el recinto interior a lo exógeno, sobre todo cuando implica la complejidad de dar sentido (nutrir) aunque no guste tanto o se atisbe el dolor que puede suscitar su inclusión plena.

² Dicho de otro modo: los aspectos inexorablemente alienantes del “discurso del conjunto”, según la denominación de Piera Aulagnier.

Es un tema muy interesante si el proceso analítico instaure una narrativa alternativa “total” y distinta, al conjunto traído por el paciente.

O en verdad, la posibilidad de moverse por versiones diversas de sí, dentro de las determinaciones.

³ “El trabajo analítico, cuando es fructífero, da lugar a la gestación de un núcleo de referencia común para el analista y el analizando, aunque situado más allá de ambos, y que tiende a perdurar con independencia relativa de las mudanzas transferenciales y del cuidado directo que le dediquen” (Paz, 2008, p. 335).

[...] No se trata del valor del psicoanálisis desde una perspectiva social o cultural, sino como algo a sostener y preservar en tanto fruto logrado de la densidad vincular que en la clínica se constituye.

Irrepetible en su singularidad pero abierto a los tiempos y los conocimientos, las experiencias de vida y la ética práctica del compromiso consigo mismo y con los otros que analizando y analista posean.

De ahí el nombre de Psicoanálisis Valor, “[...] puesto que sitúa al proceso mismo como [...] lugar [...] singular y reparatorio, de reformulación de sentidos y creación de otros nuevos.” (Paz, 2008, p. 335).

De ahí los *grados de asimilación* y los procesos de incorporación y expulsión reiterados, diferentes a los de elaboración, pues estos últimos transitan ya en el espacio interior y en los espacios intermediarios.

Es en esta zona simbólica en gestación, donde reverberan y resuenan los mensajes *nuevos* producidos en el análisis –diferenciados de la compulsión de repetición superyoicamente determinada– donde se establece una feroz competencia con dispositivos culturales de banalización y el anclaje de resistencias en los mismos.

Siendo un ejemplo eminente el conjunto estilístico / literario sedimentado como “autoayuda”, que más allá de la bondad ocasional de sus consejos constituye una barrera simbólica formidable para los *procesos de verdad*.

Pues se trata de algo mucho más profundo y penetrante que un producto editorial o mediático; en ellos, en efecto, se condensa un proceso ideológico de apropiación / anulación de saberes populares, elaboraciones filosóficas y perspectivas religiosas despojados de la gracia, la hondura o lo trágico que aquéllas mal que mal conservan.

Pues en su elaboración los saberes se cementan, recortando los flecos y anfractuosidades de la existencia, anulando la esperanza en la sinceridad y sus imperfecciones inherentes, que en nuestro campo llamamos *libre manifestación* (asociación).

Camino necesario para acceder a los *procesos de verdad*, que incluyen tanto las reprimidas y disociadas junto a las que nacen y se construyen en el decurso analítico.

Ocurre que, por lo común, podemos aceptar incursiones fugaces que nos pongan en contacto con lo reprimido, pero no estamos hechos –represión primaria y secundarias mediante– para tolerar la experiencia extendida del inconsciente.

Recordemos, por otra parte, que el trípode que Melanie Klein definiera como propio de la actitud maníaca, está constituido por *omnipotencia, negación e idealización*.

Siendo estas tres operaciones simbólicas dominantes en nuestra cultura: *promoción de Selves frágiles pero a la vez grandiosos; expulsión del dolor y de la necesidad del trabajo psíquico; fetichización sistemática en el juego interminable de intercambio de seres y cosas*.

Para tales “formas actuales de la individualidad”, reforzadas por la cualidad negatoria y maníaca del pacto civilizatorio dominante, la interrogación metódica respecto de sí y de las raíces del sufrimiento personal es chocante, pues

la ideología genera y reconstruye de continuo la ilusión de suministrar *per se*, y masivamente, los productos y modos de vida necesarios para una existencia “plena”.

Es en ese territorio concreto de humanidades en gestación y reciclado, donde la clínica psicoanalítica opera, llevando al límite operaciones afectivas y simbólicas desplazadas sólo algunos grados de las comunes y corrientes, pero sosteniendo un horizonte no saturado de respuestas y de propuestas de dispositivos de existencia.

De modo tal que las preguntas esenciales se mantengan y el sufrimiento halle lugar.

Todo lo cual choca con el modelo ascensional, de profundo anclaje en la cultura del progreso de la modernidad, pero que también enraíza en antiguas tradiciones evolutivas respecto del pasaje de “lo inferior a lo superior”, en todos los órdenes del ser.

Y que en el psicoanálisis sirve como canon biológico evolutivo, como consistente referencia para modelizar los hallazgos referidos a relictos y movimientos en la generación de síntomas, por una parte, y en el pautado de la cura, por otra.

Desde este paradigma se trataba de *aceptar* (mente abierta, ilustración, modernidad) lo que fuere que el paciente mostrara, pero para *reconducirlo* en un trayecto pautado desde el Yo como singularización del deber ser del tiempo vigente y de las peripecias de la libido hacia las formas consideradas maduras de ser.

Se entiende que la *relativización* – no la liquidación– de este modo de pensar, con todas las consecuencias metodológicas y clasificatorias conocidas, cueste mucho, por el miedo al vacío de referencias que la exploración abierta genera.

Siendo un ejemplo clarísimo los procesos de variación sexual y “elecciones” de género en las épocas actuales.

En términos clásicos, que nos sirven orientativamente, serían *resistencias superyoicas*, ligadas a la inercialidad repetitiva fruto de la realimentación cultural de pautas identitarias.

De hecho, en la medida que el psicoanálisis trabaja siempre sobre resistencias, ha tenido que hacerse cargo de las necesidades extendidas de amparo y cobijo que se muestran ni bien se atraviesa la superficie adaptativa.

Dimensión “maternal” del método aceptada no sin renuencias por generaciones de psicoanalistas, dado que estaba muy lejos de las aspiraciones masculino / científicas freudianas, con un encuadre que instauraba una legalidad *ad hoc* imprescindible para impedir desbordes pasionales y regresivos.

El método psicoanalítico en perspectiva de regresión / producción

A lo dicho podemos cruzarlo con la tesis, en la que he insistido en otros lugares, de que los pasos más importantes del método analítico perduran en el procedimiento desarrollado, subsumidos y transformados, generando activamente las condiciones para que se desarrolle un proceso psicoanalítico.

Pues en efecto, en un análisis cabal hay catarsis, sugestión y rememoración, pero al servicio de una potenciación imaginante que permita desarrollar en transferencia posibilidades elaborativas inéditas.

Es de este modo que en un estado superior del método psicoanalítico los pasos históricamente sucesivos de su constitución se recuperan pero transformándose, y reformulando a su vez el carácter primario y temido de un concepto como *regresión*.

Un ejemplo eminente de esto lo tenemos en Winnicott (1958), quien lo pone en valor transformándolo en algo que hay que asumir, en una perspectiva profunda de cura, pero usando para ello un instrumental de pensamiento renovado.

Lo cual también, por oposición y diferencia, nos sirve para percatarnos de la colección de ronroneos que ofrece la simbólica social, desde el lado bondadoso de una cultura que por su otra cara propugna adicciones y embotamientos.⁴

Remedios tremendos, pero que muestran sin vueltas las magnitudes de humanidad que se hallan en juego, y que los dispositivos dominantes no pueden contener y encauzar.

Una ética de cura con verdad no supone en absoluto ni actitudes marciales ni disciplinamientos basados en el rigor de algún tipo de variantes de “la letra con sangre entra”.

Las marcaciones inherentes al encuadre y las fronteras que se crean en lo que hace a familiaridad excesiva y efusividades, surgen de las lógicas limitaciones de los analistas para contener eficazmente la masa pasional que el proceso desencadena.

Una esperanza simple subyace a la tarea: acceder a ese tipo de verdades

⁴ “[...]. Nunca como hoy rige la idea de alienación. Pero nunca como hoy ha sido borrada de los catálogos de discusión en nombre de su reemplazo por una tesis de la felicidad comunicativa. Habermas la llamó razón comunicativa y la quiso hacer parte de una democratización general del mundo de vida, regido por lo que llamó intersubjetividades. No fue lo que pasó.”
Horacio González, *Página 12* del 14/1/2018. <https://www.pagina12.com.ar/89097-bashtag>

redundará en alivio “de la desdicha neurótica” y en la recuperación o descubrimiento de alegrías y satisfacciones postergadas o desconocidas.

Lo cual supone también transitar el dolor por el reavivamiento de traumas y el desmontaje de los síntomas, erigidos para dar lugar, hasta cierto punto, a la realización de impulsos y anhelos, así como disminuir el sufrimiento.

Siendo el drenaje cotidiano de vitalidad y realizaciones que las neurosis producen el único justificativo para la clínica y cirugía del alma que intentamos.

Esta última es una metáfora, pero adecuada, pues se trata de incidir sobre la superficie psíquica que protege del dolor de la intemperie al cual dejamos librado al paciente cuando las defensas primarias y secundarias entretejidas con el síntoma se desmontan.

Y también de la exposición a capas y capas de dolor de otro rango, el narcista, con el que toda producción, por más absurda o penosa que sea se reviste, por el mero hecho de ser propia.

De donde lo esencial de modular *lo posible* –de ser escuchado, digerido y asimilado– en el curso de cada sesión, de cada momento vital, de cada peripecia transferencial.

El dispositivo a sostener, desde el ángulo de la regresión, puede sintetizarse como una potenciación simbólica no por énfasis sino, paradójicamente, por descarte de los soportes culturales donde los sentidos han sido educados (no otra cosa es la libre manifestación y su correlato de percepción flotante).

Lo cual determina una suspensión del tiempo secuencial habitual y genera una suerte de *presente elástico*, donde todas las “cosas” que van surgiendo están en estado de flotación, con disposición para lograr que sus valencias abiertas se ligen de modo impensado.

De ahí el ambiente –cuando se logra– de *inquietante familiaridad*, que da cabida a oscilaciones de serenidad y templanza, de miedo, de exaltación, y así de seguido, por las infinitas variaciones emocionales, que a su vez determinan desoldaduras y recomposiciones de sentidos.

Esa es la matriz de regresión productiva, que nos acerca tendencialmente al pensar de los niños y de quienes los acompañan como se merecen, en una suerte de desquite reparatorio.

Lo cual supone el compromiso tácito de bregar por el crecimiento mental y la transformación productiva del dolor que conlleva.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Paz, R. (2008). *Cuestiones disputadas*. Buenos Aires: Biebel / SAP.
- Paz, R. (2017). *Psicoanalizando*. Buenos Aires: Biebel.
- Winnicott, D. (1999[1958]). Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco. En: *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp. 371-390). Barcelona/Buenos Aires: Paidós.

